

## Joel 2:28-29

Sermón Joel 2:28-29 Pentecostés 2008 Hechos 2:1-21 Juan 16:5-11

Después de esto derramaré mi espíritu sobre todo ser humano, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. También sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu en aquellos días. Joel 2.28-29

Nuestro texto comienza con las palabras: “Después de esto”. Aquí tenemos que considerar algo del contexto en la profecía de Joel. Habla de una terrible tragedia que ha acontecido a los de Israel. Una plaga de langostas sin paralelo ha destruido toda vegetación en la tierra. Y la plaga fue seguida de una terrible sequía. Tanto que describe cómo aun los animales sufrían intensamente las privaciones por ese juicio de Dios. “¡Cómo gemían las bestias! ¡Cuán turbados andaban los hatos de los bueyes, porque no tenían pastos! Y fueron también asolados los rebaños de las ovejas”. Aun afectaba el culto externo de los Hijos de Israel. No hubo vino para las libaciones ni trigo para las ofrendas de cereales.

Pero tampoco deja el profeta dudas acerca de cuál fue la causa de este terrible asolamiento. Da una fuerte exhortación a los sacerdotes a convocar a todo el pueblo y proclamar un ayuno, a predicar el arrepentimiento al pueblo. Es el único remedio, la única forma de tal vez escapar la destrucción completa. “Ahora, pues, dice Jehová, convertíos ahora a mí con todo vuestro corazón, con ayuno, llanto y lamento. Rasgad vuestro corazón y no vuestros vestidos, y convertíos a Jehová, vuestro Dios; porque es misericordioso y clemente, tardo para la ira y grande en misericordia, y se duele del castigo. ¡Quién sabe si volverá, se arrepentirá y dejará bendición tras sí; esto es, ofrenda y libación para Jehová, vuestro Dios!” (2:12-14).

No hay nada más urgente que ese arrepentimiento, este volver con todo el corazón a Jehová, el Dios salvador de Israel. Deben estar presentes no sólo los adultos, sino inclusive los niños que todavía toman su leche del pecho de sus madres. Aun el recién casado debe dejar su gozo nupcial para afligir su corazón por sus pecados y pedir el perdón al Señor. “¡Tocad trompeta en Sión, proclamad ayuno, convocad asamblea, reunid al pueblo, santificad la reunión, juntad a los ancianos, congregad a los niños, aun a los que maman, y salga de su alcoba el novio y de su lecho nupcial la novia! Entre la entrada y el altar lloren los sacerdotes ministros de Jehová, y digan: “Perdona, Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad para que no la

dominen las naciones. ¿Por qué han de decir entre los pueblos: ‘Dónde está su Dios?’.” Y Jehová respondería al clamor sincero de su pueblo. Una de las grandes cosas que haría es enviar a su Maestro para Justicia. En donde la Reina Valera traduce: “Vosotros también, hijos de Sión, alegraos y gozaos en Jehová, vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía, como al principio”, se puede traducir, “Vosotros también, hijos de Sión, alegraos y gozaos en Jehová, vuestro Dios; porque os ha dado el Maestro para justicia, y les envía lluvia temprana y lluvia tardía como antes.” Así este versículo estaría prometiendo al pueblo penitente no sólo bendiciones físicas, la restauración de las lluvias y por tanto las cosechas que tanto necesitaban, sino sobre todo espirituales, el Maestro de justicia que les enseñaría el verdadero camino de la justicia, el verdadero camino de salvación.

También Isaías profetizó: “Por tanto, Jehovah espera para tener piedad de vosotros; por eso, se levanta para tener misericordia de vosotros. Porque Jehovah es un Dios de justicia, ¡bienaventurados son todos los que esperan en él! Ciertamente, oh pueblo de Sion que habitas en Jerusalén, nunca más volverás a llorar. De veras se apiadará de ti al oír la voz de tu clamor; al oírla, te responderá. Aunque el Señor os dé pan de congoja y agua de angustia, tu Maestro nunca más se ocultará, sino que tus ojos verán a tu Maestro. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas estas palabras: ‘¡Este es el camino; andad por él, ya sea que vayáis a la derecha o a la izquierda!’ Y considerarás inmundas tus imágenes talladas cubiertas de plata y tus imágenes de fundición revestidas de oro. Las tirarás como a trapo sucio; le dirás: ‘¡Fuera!’ Entonces, cuando siembres la tierra, él dará lluvia a tu sembrado. El alimento que produzca la tierra será sustancioso y abundante. En aquel día tus ganados serán apacentados en amplias praderas. También los bueyes y los asnos que labran la tierra comerán forraje salado, que ha sido aventado con pala y horqueta” (Isa. 30:18-24 RVA). También aquí se ve la conexión entre el divino Maestro que será enviado a Israel y el alivio de los juicios de hambre y aflicción por falta de lluvia en Israel. Y en Isaías 53 escuchamos del Siervo de Jehová: “por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos”.

Cristo vino en cumplimiento de estas promesas de Dios. Y no sólo fue un maestro que enseñó con autoridad, no como los escribas, sino que enseñó de cosas que vio en la eternidad con su Padre. Y estableció una perfecta justicia con su perfecta obediencia a la voluntad de su Padre celestial. Así pudo enseñar a los pecadores su camino, el camino de la verdadera justicia por la fe en él. Sin embargo, en los versículos inmediatamente después de nuestro Evangelio de hoy, también dice: "Todavía

tengo que decir muchas cosas, pero ahora no las podéis sobrellevar. Y cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; pues no hablará por sí solo, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que han de venir. El me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por esta razón dije que recibirá de lo mío y os lo hará saber” (Jn 16.12-15). Cuando Jesús visiblemente dejó esta tierra, no nos dejó sin instrucción. Prometió la venida del Espíritu Santo para guiarnos en toda verdad. No enseña nuevas verdades, sino las que Cristo mismo enseña, de modo que, como dice el prefacio del libro de Hechos, si bien en el Evangelio tenemos lo que Jesús comenzó y enseñar y hacer, ahora mediante el Espíritu Santo tenemos lo que Jesús sigue enseñando y haciendo.

Esto es lo que promete también el profeta Joel. Después de la venida de ese Maestro para justicia, Dios dice: “derramaré mi espíritu sobre todo ser humano”. Literalmente dice el texto: “sobre toda carne”. El contexto establece que no está profetizando que todo ser humano va a tener este Espíritu Santo derramado sobre ellos. Más bien habla de Dios convocando a las naciones para una gran batalla en que perecerán bajo su juicio. Pero sí que todo el pueblo de Dios tendrá el Espíritu Santo en su plenitud. Los que reciben este gran don divino no son personas que se han hecho dignos, ni personas con gran fuerza espiritual. Son carne, es decir, personas débiles y perecederas. Este don del Espíritu vendrá como un gran don de gracia del Dios de misericordia que envió el Maestro para Justicia para justificar al pueblo, y ahora envía el Espíritu para que todos los que son justificados puedan funcionar como verdaderos hijos de Dios.

La manera en que Joel lo expresa es así: “y profetizarán”. Lo que sigue es una serie de expresiones que resaltan que todo el pueblo de Dios sin distinción poseerá el don del Espíritu Santo, y por tanto todos tendrán la facultad de poder expresar por propio conocimiento el mensaje salvador que han recibido de Dios por fe y que ahora habita en su corazón. Prevé un día en que no hay distinción basado en una división entre sacerdotes y pueblo, o en el sexo ni en las clases sociales. Se habla de hijos e hijas, se habla de ancianos y jóvenes, se habla de siervos y siervas.

Los términos particulares que usa son que “profetizarán”, “soñarán sueños”, “verán visiones”. Es probable que Joel está pensando en el deseo de Moisés cuando el Señor dio su Espíritu a los ancianos de Israel. Dos de ellos no estaban presentes, sino estaban en el campamento de Israel, y ellos también profetizaron allí. Josué objetó, y dijo que Moisés debería prohibir esa actividad de su parte. “Señor mío Moisés, no se lo permitas”. Pero Moisés respondió: “¿Tienes tú celos por mí? Ojalá todo el

pueblo de Jehová fuera profeta, y que Jehová pusiera su espíritu sobre ellos”. Joel ve este deseo de Moisés cumplido en el nuevo pueblo de Dios en la época de Cristo. Todos tendrán el Espíritu, de modo que todos profetizarán. Dicho de otra manera, es lo que dice Jeremías en el capítulo 31 de la época del Mesías: “Porque éste será el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehovah: Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Ya nadie enseñará a su prójimo, ni nadie a su hermano, diciendo: ‘Conoce a Jehovah.’ Pues todos ellos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehovah. Porque yo perdonaré su iniquidad y no me acordaré más de su pecado” (Jr 31.33-34).

Y efectivamente, en el día de Pentecostés se oye: “Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. Y de repente vino un estruendo del cielo, como si soplara un viento violento, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Entonces aparecieron, repartidas entre ellos, lenguas como de fuego, y se asentaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en distintas lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen” (Hch 2.1-4). No hay indicio que estos “todos” que fueron llenos del Espíritu Santo fueron sólo los apóstoles. Más bien el grupo reunido ese día sería el mismo consistente de unos 120 personas mencionados al final del capítulo 1.

Y Pedro, cuando predica a la multitud que se reunió para ver qué pasaba, dijo: “Más bien, esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel: Sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños. De cierto, sobre mis siervos y mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán” (Hch 2.16-18). Y cuando terminó de hablar y la gente, compungida de corazón, preguntó: “¿Qué haremos?”, Pedro les dijo cómo ellos también recibirían el Espíritu Santo. “Arrepentíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros, para vuestros hijos y para todos los que están lejos, para todos cuantos el Señor nuestro Dios llame” (Hch 2.38-39). Y así es hasta nuestros días. Cada creyente, cada cristiano bautizado, tiene el Espíritu Santo. Cada cristiano es un sacerdote y rey delante de Dios, y tiene la comisión de proclamar el mensaje de Dios. “Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (1 P 2.9). Así Lutero dice sobre nuestro pasaje:

El Espíritu Santo es derramado en dos formas: por visión o revelación manifiesta y por inspiración secreta. Aquí, entonces, está hablando del Espíritu Santo como es manifiestamente derramado y revelado con señales obvias. Ya no está hablando aquí de la antigua sinagoga de los judíos y acerca de la sinagoga, para quienes Dios había establecido ciertos reyes y príncipes, para quienes Moisés había establecido un orden definido de levitas—un orden que tenía el deber de enseñar. Allí había cierta acepción de personas. El profeta dice que será muy diferente en el caso de ese pueblo nuevo. Aquí no habría acepción de personas, sino a cada uno se le dará la autoridad de enseñar y predicar, ni por hombre ni por medio de él, sino divinamente por Dios. Allí no habría cierto orden, como había en ese pueblo antiguo, de los que serían los únicos que tenían el poder de la función sacerdotal. Más bien, el Espíritu Santo será derramado sobre toda carne. Todos serán maestros y sacerdotes de Dios. Por tanto fue especialmente necesario para este reino, tan manifiestamente diferente de esa más antigua, que sea establecido y confirmado por una revelación o derramamiento abierto del Espíritu, porque seguramente esa revelación secreta había también en la sinagoga”.<sup>1</sup>

Luego sigue para decir acerca de nuestro pasaje: “Éste es un pasaje muy obvio contra el sacerdocio fantasmal papista, en que no quieren que cualquiera sea un sacerdote, sino donde hay acepción de personas. Cristo dice que todo su pueblo fiel serán sacerdotes. Después de todo, ¿qué más requiere el sacerdocio excepto la declaración de las obras de Dios y su palabra? Nadie puede negar aquí que éste se está dando a cada cristiano. De hecho, Cristo dice sin discriminación que dará su Espíritu Santo tanto a hijos e hijas, siervos y siervas, etc.”<sup>2</sup>

Hoy al celebrar el Pentecostés y el don del Espíritu Santo, demos gracias por este gran don que Cristo ha dado a su iglesia. Demos gracias por las muchas madres cristianas que profetizan, proclamando a sus hijos las obras maravillosas de Dios y enseñándoles el camino de la salvación. Demos gracias por hombres y mujeres que evangelizan y consuelan a sus vecinos con palabras de la Escritura, palabras enseñadas por el Espíritu Santo. Y aprovechemos las oportunidades que Dios nos da para ejercer el privilegio de compartir con otros las maravillosas noticias del Salvador y el perdón de pecados por lo que él ha logrado con su muerte en la cruz. Tengamos así un bendito Pentecostés y un feliz día de la madre. Amén.